

12/04/2016

EL MESÍAS QUE YA LLEGO Isaías 11: 1-10

Estamos en la segunda semana del tiempo que se conoce como *Adviento* que significa *venida*. Este es un tiempo de preparación espiritual en la comunidad cristiana para celebrar una de las dos más grandes fiestas de la Iglesia Cristiana: la Navidad. Pero, ¿por qué y para qué es necesario prepararse espiritualmente?, ¿qué acaso no se trata solamente de celebrar el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo?, ¿entonces cuál es el sentido prepararnos espiritualmente para celebrar *una fiesta*? Primero, permítame decirle que nos preparamos espiritualmente a través del estudio de la Palabra que nos enseña la importancia de este acontecimiento y nos preparamos a través de la reflexión de lo que significa que Cristo haya nacido; es decir, el impacto que tiene en mi vida su nacimiento, de tal manera que cuando llega la fecha de celebrar la Navidad, nosotros tenemos bien claro el propósito de la celebración. Durante estas semanas vamos a ver que Navidad es un tiempo de reflexión para establecer un compromiso con Dios. En otras palabras, no celebramos solamente que Cristo nació como un acontecimiento histórico; no se trata de sólo una fiesta familiar con intercambio de regalos. Celebramos todo lo que envuelve este acontecimiento, principalmente que Dios mismo se encarnó en forma humana para reconciliar con Él al mundo que estaba apartado de Él por causa del pecado (*Ef. 2:16 / Col. 1:20*). El Mesías vino para reconciliar y para traer paz con Dios (*Ro. 5:1,10,11 / 2Co. 5:18-19 / Col. 1:21*); a esto es lo que llamamos salvación.

La llegada del Mesías no fue un acto improvisado de Dios; no fue un *plan B*, o un último recurso de Dios. Su llegada estaba anunciada prácticamente desde que el pecado llegó al mundo, cuando Dios le dijo a la serpiente llamada satanás: “*Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar*” (*Gn. 3:15*). Desde entonces el Señor había anunciado la llegada del Mesías y lo anunció a través del tiempo por medio de sus profetas. Por ejemplo, Moisés escribió: “*Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis;.... Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare*” (*Dt. 18:15,18*). Desde entonces la nación de Israel esperaba al Mesías prometido, el cual llegaría en el tiempo estipulado por Dios (*Gál. 4:4*).

Isaías es el profeta que más escribe acerca de la llegada del Mesías y es el que mejor describe la vida y ministerio del Salvador de la humanidad. Este profeta de Dios escribe alrededor de 750 años antes de la llegada del Mesías. Por cierto que la palabra *Mesías* es una palabra hebrea que se traduce al griego como *Cristo* y al español como *Ungido*.

Nuestro pasaje Bíblico de hoy está íntimamente relacionado con los capítulos 2 y 9 de este mismo Libro que describen la llegada de este Mesías tan esperado por Israel. En estos capítulos Isaías ha hablado ya del Niño que había de nacer y sobre cuyos hombros estaría la enorme responsabilidad de gobernar el mundo. Ahora nos va a hablar de su simiente, es decir, de qué familia viene y también va a describir las cualidades de que estará equipado.

“Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces” (v.1).

Lo primero que nos dice el profeta es que el Mesías prometido habría de nacer de la línea de David; Isaí era el papá del rey David. De la línea (familia) de David habría de venir el Salvador de la humanidad. El Señor siempre mantuvo viva esa línea a pesar de la deportación que sufrieron los judíos a Babilonia y a pesar de todos los esfuerzos de los enemigos por destruirlos. Curiosamente dice que viene de la línea de Isaí y no de David. Tal vez sea porque la casa de Isaí era de baja posición socio-económica antes de que David ascendiera al trono. El Mesías sería del Rey, pero nacería en cuna pobre como nos enseña el Evangelio de Lucas (Lc. 2:7).

*“Y reposará sobre Él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová”
(v2).*

Durante el transcurso de la historia de Israel hubo muchos mesías. Los reyes, al ser ungidos con aceite, símbolo del Espíritu Santo, se constituían en mesías. Una de las funciones de los mesías era la de gobernar a su pueblo y liberarlo cuando se hallaba en situaciones de amenaza o ataque por parte de sus enemigos. Sin embargo, quien habría de venir no sería *un* mesías más sino *el* Mesías, es decir, alguien muy particular y específico. Este Mesías tendría características únicas en Él. Para empezar el Espíritu Santo, que se posaba sobre reyes, profetas y jueces para capacitarlos y guiarlos en sus funciones, sobre el Mesías no se *posará* como hacía con los otros, sino que *reposará* en Él. Posar es de carácter temporal, reposar significa quedarse. Aunque la palabra se puede traducir también como descender y los Evangelistas Mateo, Marcos y

Lucas así lo describen cuando el Señor Jesús fue bautizado y descendió el Espíritu Santo sobre Él (Mt. 3:16 / Mc. 1:10 / Lc. 3:22), el Apóstol Juan es quien mejor lo describe cuando dice: *“También dio Juan testimonio, diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y **permaneció** sobre Él”* (Jn. 1:32).

El Mesías sería sabio e inteligente como ningún otro. Cuando Jesús era niño los doctores de la Ley se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas (Lc. 2:47) y la gente se maravillaba de su enseñanza (Mt. 7:28-29). El Mesías sabría dirigir o guiar, que es el sentido de la palabra *consejo*, con rectitud, con justicia y con poder. Poder significa autoridad, valentía y fuerza. Estaría perfectamente capacitado para desarrollar su misión. Además, este Mesías tan esperado sería el Único que tendría los tres grandes ministerios sobre una misma persona: Rey, Profeta y Sacerdote. Así que este Mesías tendría el conocimiento necesario y suficiente en todas las áreas en que se desenvuelve el pueblo que gobernará (espiritual, material, etc.). Y en todo lo que haga dará gloria a Dios; se guiará por lo que Él le indique a través de su Santo Espíritu.

“Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura” (vv.3-5).

Sabrán discernir lo que le da gloria a Dios y lo que no lo hace. Los religiosos de la época del Señor creían que le daban gloria a Dios, pero en realidad, en su mayoría, eran unos abusivos que se aprovechaban de la ignorancia del pueblo y, como lo demostraron, eran capaces hasta de matar para seguir manteniendo sus intereses. El Señor Jesús les llama hipócritas (Mt. 6,15,16,22,23), les dice que no los conoce y los llama *hacedores de maldad* (Mt. 7:23), y que hacen lo que hacen porque en realidad no conocen a Dios (Jn. 16:2-3). El Mesías sí sabe darle gloria a Dios en todo lo que dice y hace,

Este Mesías esperado será uno que juzgue con justicia y rectitud, totalmente imparcial; no hará distinción de personas para juzgar, es decir, no favorecerá a algunos para perjudicar a otros y gran parte de su poder lo tendrá en la Palabra de su boca. Esta es la misma figura que utiliza Pablo para decir que a través del poder de sus Palabras, el Señor acabará con el impío (2Ts. 2:8). Juan lo describe de la siguiente manera y nos ayudará a

entender por qué el poder está en su boca: *“De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro; y Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES”* (Ap. 19:15-16). Pablo dice que la Palabra de Dios es la espada del Espíritu (Ef. 6:17) y que penetra hasta lo más profundo de nuestro ser removiendo todo nuestro interior (Heb. 4:12). Es decir, el Mesías esperado habrá de gobernar de acuerdo a lo que enseña la Santa Palabra de Dios, la cual será su manual para tomar las mejores decisiones al momento de juzgar. Dice que *la justicia es el cinto de sus lomos* (v.5). El cinto aprieta la vestidura y hace que no caiga. Es decir, la Palabra de Dios estará siempre pegada a Él y evitará que caiga. Entre más nos acerquemos a la Palabra de Dios, automáticamente más nos alejamos del pecado; pero entre más nos alejemos de la Palabra de Dios, automáticamente nos estaremos acercando más al pecado. En otras palabras, o la Biblia te aleja del pecado, o el pecado te aleja de la Biblia.

“Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora” (vv.6-8).

No es que literalmente esos animales vayan a ser así cuando venga el Mesías, es decir, que se hagan vegetarianos y que no ataquen ni a otros animales ni a las personas (aunque sí podría ser que se cumpla esta Palabra literalmente en el Reino Milenial o en la Nueva Jerusalén, si acaso van a existir animales; pero, en todo caso, aquí estamos hablando de la Primera Venida del Mesías y no de la Segunda). Hay quienes interpretan en estos versículos que el reinado del Mesías será un reinado de paz, pero tenemos que ver muy bien qué es lo que queremos decir con paz. El Señor Jesús mismo dijo: *“No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada; Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa”* (Mt. 10:34-36). Pero por otra parte dice: *“La paz os dejo, mi paz os doy; Yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”* (Jn. 14:27). ¿Será que el Señor se contradice?, ¿será que ni el Él mismo se pone de acuerdo en sus palabras? Por supuesto que no. Ciertamente cuando Él viene a la vida de las personas muchas veces trae división en la familia. Los primeros cristianos se la vieron muy mal porque eran rechazados y abandonados

por sus propios familiares que los consideraban traidores a la religión y blasfemos; hoy en día ocurre lo mismo, por ejemplo, con un musulmán que deja de serlo para entregar su vida a Cristo, o con un evangélico que deja su religión tradicional, la religión de sus padres y de toda una nación, para entregar su vida a Cristo. Así es que en este sentido el Reino del Mesías no es un Reino de paz.

Pero por otro lado, el Mesías será capaz de transformar completamente las vidas de las personas que creen en Él. Hasta la persona más mala y violenta del mundo podrá ser completamente transformada si le entrega su vida a Cristo. El Señor fue capaz de tener entre sus filas a uno considerado como *traidor* del pueblo como Mateo, por ser publicano, conviviendo con un revolucionario judío como Simón el zelote que, en otro tiempo, hubiera buscado a toda costa acabar con Mateo. En este sentido el reinado del Mesías sí es un reinado de paz y creo que es a lo que se refieren estos versículos. El Mesías convierte a quienes eran temibles, feroces y hasta venenosos, en mansos corderos que podrán convivir en paz con los demás. Hasta un niño pequeño podrá convivir con ellos, porque una vida transformada por Cristo, es una vida que está y vive en paz (*Ro. 5:1,10 / Col. 1:21 / compare con 1Co. 6:9-11*).

El Mesías es ese niño que pastoreará al lobo, al leopardo, al león, a la bestia, a la osa, al león, al áspid (serpiente extremadamente venenosa), y a la víbora, junto con el cordero, el cabrito, el becerro, la vaca, el buey y hasta el bebé humano. Toda clase de gente convertida por el poder del Evangelio del Señor Jesucristo. Ese niño que nos es nacido (Is. 9:6) y ese niño que pastoreará a lo más salvaje con lo más manso, a lo más fuerte con lo más débil es Jesús que transforma vidas y pastorea a todos, y es su nacimiento y la bendición que representa para la humanidad y para el mundo es lo que celebramos en Navidad.

“No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa” (vv.9-10).

Ahora mismo el mundo está siendo lleno del conocimiento de Dios a través de la predicación del Evangelio como también lo profetizó el Profeta Habacuc (*Hab. 2:14*), y un día todo el mundo sabrá del Señor Jesucristo, del Dios Verdadero y de su Salvación y entonces vendrá el fin, dice el Señor (*Mt. 24:14*). Mucha gente buscará del Señor como lo buscaron

aquellos magos de Oriente y como lo buscaron los pastorcitos, que vemos en los Evangelios de Mateo y Lucas, para adorarlo y para dar testimonio de que el Salvador del mundo, el Mesías prometido, el tan esperado Redentor ya llegó.

Dice el versículo final que la raíz de Isaí, el Mesías, estará puesta como pendón o como asta bandera a los pueblos, lo cual se cumple cuando se levanta la Cruz con Cristo crucificado, o bien, cuando es levantado de los muertos y la gente comienza a buscar de Él como Él mismo anticipó que sucedería cuando dijo: “Y Yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn. 12:32).

Conclusión.

Nunca olvidemos que Cristo es la razón de la Navidad, que celebramos no solamente su nacimiento sino la gran bendición que eso significa. Celebramos que Él ha transformado nuestras vidas, que nos ha librado del juicio y del castigo eterno y nos ha perdonado dando Salvación y vida eterna a toda persona que entrega su vida a Él. Celebramos que nos ha dejado al Espíritu Santo para que nos guíe y que nos ha dejado su Palabra como manual de vida y conducta para crecer y fortalecer nuestra fe. Celebramos que nos ha traído su paz, la que sobrepasa todo entendimiento (Flp. 4:7). Celebramos que Dios mismo se ha encarnado, es decir, se ha hecho una persona de carne y hueso (Flp. 2:6), para reconciliarnos con Él y, al mismo tiempo, para traer la reconciliación entre los hermanos. Celebramos que estamos siendo llenos del conocimiento de Dios a través del estudio y la predicación de su Santa y Bendita Palabra. Celebramos que Él es nuestro estandarte, es decir, nuestra bandera, la cual levantamos con orgullo no solo para decir que soy cristiano, sino para que todos lo vean a Él en mí y vengán a buscar de Él. Con el nacimiento del Señor Jesús celebramos el gran amor de Dios (Jn. 3:16-17).

Navidad es un tiempo de mucha alegría, paz, reconciliación y amor, pero también un tiempo de compromiso. Para que la tierra esté llena del conocimiento de Dios es necesario que nosotros lo anunciemos en todas partes. No vamos por allí juzgando a nadie, sino simplemente anunciando a Cristo; hablando de su amor, de su perdón, de su Salvación. No vamos con la intención de cambiar o convertir a nadie, sino dejando a Cristo que actúe y cambie a las personas cuando hemos sembrado la semilla.

Este es el sentido de la Navidad. Se trata de Cristo, no de mí, no de usted; no de fiestas y regalos que se centran en mí y en usted. No es que sea malo festejar e intercambiar regalos; no es que sea malo adornar nuestras casas con motivos navideños, pero tenemos que tener claro que esto no es la Navidad. Por eso, Navidad es un tiempo de reflexión; Él es el festejado y el mejor regalo que podemos hacerle a nuestro Salvador es reflexionar y comprender el propósito de su nacimiento, llevar su mensaje a todos los que nos rodean y vivir la vida como Él espera de nosotros.

Que esta Navidad sea una Navidad diferente a las demás; que sea la mejor de todas *por* Cristo, *para* Cristo y *en* Cristo. Amén... Vamos a orar...